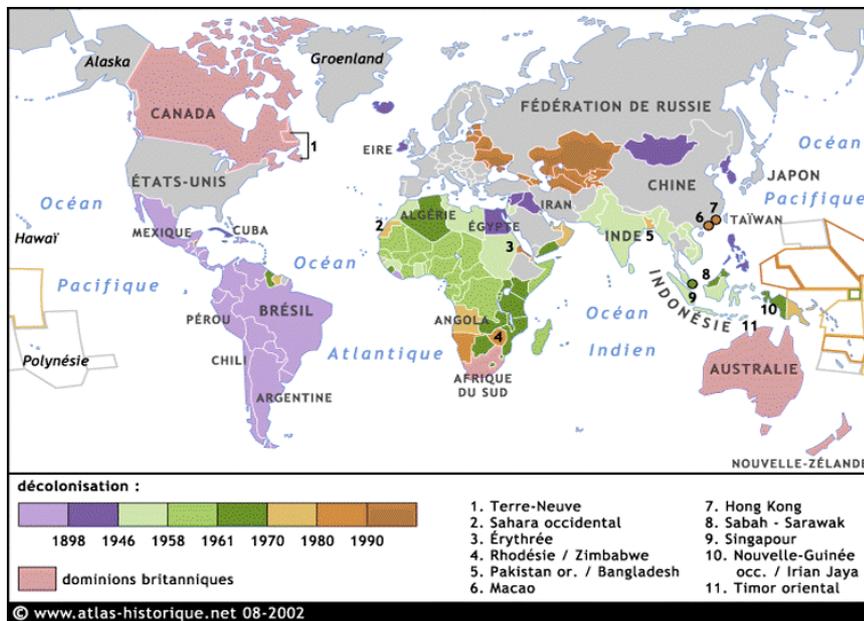


2.4. La edad dorada de la economía occidental y la emergencia del Tercer Mundo.

La expresión Tercer Mundo es una referencia explícita a los dos primeros. El primer mundo era el bloque capitalista dirigido por Estados Unidos. El segundo, comunista, era el liderado por la Unión Soviética. El tercer mundo abarcaba el resto. Sobre todo, era más pobre. Los gobernantes más inquietos respecto al liderazgo norteamericano y soviético crearon el movimiento de los países no alineados, que era un subconjunto del tercer mundo. El grueso del Tercer Mundo lo constituían los países que habían sido colonias de las potencias occidentales o de Japón. Algunos países, como China, vacilaron entre comportarse como miembros del segundo mundo o del tercero, y trataron de abrir una esfera de influencia propia, a partir de 1960, alejada de Moscú.

La descolonización fue el principal factor aglutinante de los países llamados del tercer mundo, por lo que los latinoamericanos apelaron a su descolonización remota –la de principios del siglo XIX– para ser acogidos entre los miembros del club de los países tercermundistas. Además de la descolonización nipona, las dos grandes descolonizaciones fueron la inglesa y la francesa. Se extendieron a lo largo de veinte años, entre 1945 y 1965, aunque los momentos más activos fueron en torno a 1947/49, con la descolonización de la India, Pakistán e Indonesia y en torno a 1960, cuando se produjo el grueso de la descolonización del África francesa y se aceleró la del África inglesa, comenzada en 1957 con Ghana y prácticamente completada en 1964. La descolonización portuguesa, más tardía, se realizó entre 1974 y 1975.



La independencia ofreció nuevas oportunidades de desarrollo político y social que no siempre lograron materializarse. Las recetas que parecían funcionar para la Europa occidental de posguerra, no funcionaron igual en los nuevos países surgidos de la descolonización. Un problema añadido a los de carácter cultural o social era el de la vinculación con los mercados metropolitanos. Aunque las metrópolis concedieron a sus respectivas ex colonias el acceso preferencial a sus mercados, ello no siempre fue muy interesante. Las metrópolis ya no eran tan importantes como antes y además estaban sujetas a otros acuerdos internacionales, que limitaban su margen de actuación.

Con todo, los resultados económicos del tercer mundo fueron, en su conjunto, muy positivos durante la edad dorada. El crecimiento del PIB asiático de 1950 a 1973 fue del 5,2 por 100 (excluyendo a Japón), y el africano del 4,5 por 100. Los fortísimos incrementos demográficos, que se aceleraron precisamente en estos mismos años, consumieron parte del dinamismo económico: 2,2 por 100 en Asia (sin Japón) y 2,3 en África.

De hecho, la generalidad del crecimiento económico es uno de los rasgos distintivos y más genuinos de la edad dorada. El PIB per cápita de la Europa occidental creció al 4,1 por 100 entre 1950 y 1973; la Unión Soviética y la Europa oriental, al 3,5 por 100. Los grandes países ultramarinos de colonización inglesa, al 2,4 por 100 (incluido Estados Unidos). Asia creció al 2,9 por 100 y Japón lo hizo a un asombroso 8,1 por 100. La América Latina al 2,5 por 100. África al 2,1. En su modestia relativa, el 2 por 100 africano era ya una tasa formidable, aún más si se tiene en cuenta que en el cuarto de siglo siguiente el

continente se ha quedado clavado en un crecimiento del PIB per cápita del 0 por 100. En resumen: a todos les fue bien. Que la prosperidad era general no siempre se compadece con las revoluciones y revueltas que proliferaron por doquier. Con la ventaja que da la mirada retrospectiva, ahora apreciamos que el crecimiento abre el apetito por crecer, y que la lucha y la comparación entre los sistemas estimularon aún más esta apetencia de crecimiento y, sobre todo, de distribución más igualitaria de la propiedad y de la renta.

Pese a la coincidencia en el crecimiento, los modos de crecer fueron bien distintos. La contabilidad del crecimiento nos ilumina sobre el tipo de crecimiento seguido.

Contabilidad del crecimiento, 1950-1973

	Crecimiento del PIB	Contribución del factor			Contribución de la Productividad total de los factores
		Tierra (%)	Trabajo (%)	Capital (%)	
Japón	9,3	-1	16	26	59
Estados Unidos	3,7	0	31	28	41
Gran Bretaña	1,0	0	2	33	66
República Federal Alemana	5,9	0	2	27	70
Francia	3,1	0	7	21	72
Media de los países OCDE	5,4	0	12	26	62
URSS	5,1	3	35	51	10
Asia (con Japón)*	5,6	1	41	33	26
América Latina	5,2	3	35	27	34

Fuente: CARRERAS (2003) Asia sin contabilizar la economía japonesa reduce su crecimiento del PIB al 5,2

En primer lugar, que para cuatro grandes áreas del mundo (los países desarrollados con economía de mercado, los países del área soviética, los países asiáticos y los países latinoamericanos), el crecimiento del PIB total fue muy alto y muy similar: siempre por encima del 5 y por debajo del 6 por 100. No se puede no exagerar la importancia del hecho de que el mundo creciera al 5 por 100. No se había visto y aún no se ha vuelto a ver en Occidente. Sólo el crecimiento del Extremo Oriente después de 1973 ha alcanzado estos niveles para una enorme cantidad de población.

En segundo lugar, que el factor tierra apenas ha tenido importancia. Ninguna importancia en los países más desarrollados.

El resto de factores y la productividad total de los factores se han comportado de manera muy distinta.

El factor trabajo ha tenido una importancia que oscila entre el 35 y el 41 por 100 en el bloque soviético, Asia y América Latina, pero sólo del 12 por 100 en los países de la OCDE. Podríamos anticipar, con esta sola información, que esto ha sido debido a que eran más capitalistas, pero nada más lejos de la realidad. El menor papel del factor trabajo en el área OCDE esconde, pura y simplemente, un menor crecimiento demográfico combinado con una reducción de las horas trabajadas por persona.

El comportamiento del factor capital impide cualquier tipo de simplificaciones. La URSS ha movilizó más capital que trabajo, así como el área OCDE, pero con una diferencia: la URSS ha movilizó el doble de capital que la OCDE. Los otros dos continentes han movilizó algo más de capital que los países OCDE: un 27 y un 33 por 100.

Las mayores diferencias se dan en la productividad total de los factores. La productividad total de los factores incluye todo lo que no está medido en la contribución de los factores tierra, trabajo y capital: puede tratarse de mejoras en la asignación de los recursos, mejoras de eficiencia, progreso técnico no incorporado en nuevo capital, calidad inmensurable de los factores productivos, etc. El conjunto de estos elementos difíciles de precisar representan el 62 por 100 del crecimiento en los países OCDE, y sólo el 10 por 100 en la URSS. En Asia un 26 por 100, en América Latina un 34 por 100.

En resumidas cuentas, los países más avanzados han crecido por una mejor utilización conjunta de los factores, más que por la adición de más factores. El crecimiento soviético ha sido extensivo, mientras que, el de la OCDE ha sido intensivo. Este es el tercer gran rasgo estilizado del crecimiento occidental en la edad dorada.

Si profundizamos, comprobaremos que el rasgo más genuino de la OCDE, a saber, la gran importancia de la productividad total de los factores, se acentúa en el caso de los grandes países de la Europa occidental. Estados Unidos, en cambio, se comporta más bien como el conjunto de las economías latinoamericanas. Japón comparte lo esencial del modelo OCDE. Alemania, Gran Bretaña y Francia, en cambio, son casos extremos de este mismo modelo. El trabajo apenas ha contribuido al crecimiento, la productividad total de los factores lo ha sido casi todo.

¿Qué hay detrás del espectacular crecimiento de la productividad total de los factores en la Europa occidental durante la edad dorada? Debe haber un efecto reconstrucción y recuperación de las distancias respecto a Estados Unidos. La cantidad y calidad de las tecnologías a disposición de los europeos una vez acabada la guerra era impresionante; sólo hacía falta copiarlas. Una población bien cualificada logra, trabajando duro y trabajando bien, rendir mucho en estas circunstancias. Es necesario también contar con un ambiente eficiente, donde el esfuerzo no se malgaste. A ello contribuyó, por una parte, el sistema político y económico, defendido a capa y espada por los gobiernos europeo occidentales con motivo de la tensión entre los dos grandes bloques, y, por la otra, la confluencia de políticas nacionales que, tras 30 años de enfrentamientos, fueron diseñadas para alimentar el consenso político y la cohesión social lo que, a su vez, creó una sólida base para un crecimiento económico sostenido.

Además, si Europa creció espectacularmente a partir de 1950 lo hizo también gracias a una política de anclaje firme de la República Federal de Alemania, uno de los futuros motores de la economía mundial. Tanto la liberalización comercial intraeuropea como la internacional ayudaron a que Europa occidental creciera más y mejor, favoreciendo la emergencia de pautas más eficientes de especialización productiva.

Tanto la creación de la CEE como las nuevas exigencias de estabilidad aceptadas en Bretton Woods tuvieron su impacto sobre la economía europea occidental. Para los países europeos asociados en la CEE, la estabilidad (política y cambiaria) y la liberalización comercial fueron un alimento poderoso del crecimiento continuo y espectacular del comercio intraeuropeo.

Reveladoramente, los 12 años siguientes serán de continuas solicitudes británicas para ingresar en la CEE. Francia se opuso con dureza año tras año, desde 1958 hasta 1969. Sin De Gaulle, y también gracias a una mayor disponibilidad británica a aceptar la integridad del tratado de Roma, la solicitud del Reino Unido fue aceptada rápidamente. En 1973 la Comunidad Europea incorporó a Dinamarca, Gran Bretaña e Irlanda. Otros países dudaron sobre qué camino seguir. Algunos, como Noruega, lo sometieron a referéndum e inauguraron una serie de rechazos populares a la CEE. Irlanda aprovechó la ocasión y abandonó su permanente ostracismo comercial.

Que todo funcionó más que aceptablemente en la edad dorada nos lo confirma la existencia de una fuerte tendencia a la convergencia en las rentas per cápita. La clasificación de las tasas de crecimiento de esta variable así nos lo confirma. Como el líder económico del mundo era Estados Unidos, con él había que compararse. Todos los países europeos –excepto el Reino Unido– crecen más que Estados Unidos. Muchos crecen, año tras año, más de 2 puntos porcentuales que los norteamericanos, que es la tasa de convergencia que se considera óptima. La tasa de crecimiento del conjunto del mundo nos recuerda que la economía europea se portó mucho mejor que la del resto del mundo, pero que éste también gozó de algo de convergencia. En la Europa occidental, los que crecen más son los más pobres (con la excepción de Irlanda) y los que más se habían empobrecido a causa de la guerra y de la desorganización y parálisis posterior. Los que menos, los que ya eran más ricos, los que fueron neutrales y los que no sufrieron la guerra en su propio territorio.

Incluso la Europa oriental gozó de un claro proceso de convergencia. Los países orientales y balcánicos, que eran más pobres y que sufrieron más la guerra, tuvieron la oportunidad de crecer más que sus vecinos septentrionales, normalmente más ricos.

Atendiendo a estas cifras, la edad dorada fue prácticamente idéntica a ambos lados del telón de acero. La tasa de crecimiento a lo largo del cuarto de siglo 1950-1975 es igualmente alta: 4,8 por 100 anual hasta 1974.

Crecimiento de la renta per cápita, 1950-1973 (en porcentaje)

Europa occidental				Europa oriental	
Grecia	6,21	Bélgica	3,55	Bulgaria	5,19
España	5,79	Holanda	3,45	Rumania	4,80
Portugal	5,66	Noruega	3,19	Yugoslavia	4,49
Italia	4,95	Dinamarca	3,08	RDA	4,48
RFA	4,94	Suiza	3,08	Hungría	3,60
Austria	4,94	Suecia	3,07	Albania	3,59
Finlandia	4,25	Irlanda	3,04	Polonia	3,45
Francia	4,05	Reino Unido	2,44	URSS	3,36
				Checoslovaquia	3,08
Estados Unidos: 2,45				Mundo: 2,93	

Fuente: CARRERAS (2003)